

## LA TRANSFORMACIÓN DEL SUFRIMIENTO

Thomas Keating

### Capítulo 5

#### La Integridad de la Familia Humana

La integridad de la familia humana que se presupone en la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, amerita mayor detalle. Hay tres etapas en la Pasión de Cristo en los cuales Él se identifica con la condición humana a su más profundo nivel de debilidad y alienación individual y social.

La primera etapa es cuando a Cristo le fue pedido por Dios Padre en Su agonía en el Huerto de Getsemaní tomar dentro de Su propia conciencia las consecuencias psicológicas y espirituales de nuestros sentimientos de alienación—de otra gente, de Dios, y de nosotros mismos. Este sufrimiento puede ser tan abrumador que conduce al padecimiento físico y mental. Jesús no murió por unas cuantas faltas menores. Él experimentó las consecuencias de nuestro ir en contra de nuestra conciencia en las mayores decisiones de nuestra vida: tales sentimientos como una sensación interna de alienación, soledad, desolación, y completa impotencia. Estas son las clases de sufrimiento que las personas experimentan en La Noche del Espíritu como parte de la evolución de la travesía espiritual.

Pero éstas son asimismo el dolor y el horror que constituyen el estado de separación de Dios causado por el pecado. Y esto es precisamente a lo que Pablo se refiere cuando escribe “Cristo no cometió pecado alguno, pero por causa nuestra Dios lo hizo pecado, para así, en Cristo, hacernos a nosotros justicia de Dios” (2a Corintios 5:21). Escuchamos la desesperada súplica de Jesús durante Su agonía en el Huerto de Getsemaní, “Padre, si Te es posible, aparta de Mí este cáliz” (Marcos 14:36). Jesús sintió la amplitud de la indigencia humana y la pobreza espiritual en esa copa. Beber esa copa era probar la desolación que los más grandes pecadores y violadores de los derechos humanos han sentido alguna vez. En otras palabras, ser pecador en ese sentido, es ser lo opuesto a Dios, o sentirse abandonado o aún rechazado por Dios. Son esos precisos sentimientos los que estuvieron presentes en esa copa. Este es el llanto de la debilidad humana alcanzando al infinito. Pero, la respuesta de Jesús a Su agonía está contenida en la segunda parte de Su oración: “...pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú”. Este es el llanto del divino amor alcanzando al infinito. “Sí”, el llanto decía, “Sí, tomaré para Mí mismo el sufrimiento de cada individuo con el sufrimiento colectivo de toda la humanidad.”

A integridade da família humana que está pressuposta na Paixão, Morte e Ressurreição de Cristo merece maior detalhe. Existem três momentos na Paixão de Cristo nas quais Ele se identifica com a condição humana no seu nível mais profundo de debilidade, alienação individual e social.

O primeiro momento foi quando Deus Pai pediu a Cristo, em Sua agonia no Jardim de Getsêmani, que levasse para Sua própria consciência as consequências psicológicas e espirituais de nossos sentimentos de alienação – de outras pessoas, de Deus e de nós mesmos. Esse sofrimento pode ser tão avassalador que leva ao padecimento físico e mental. Jesus não morreu por algumas faltas menores. Ele experimentou as consequências de irmos contra a nossa consciência nas principais decisões das nossas vidas: tais sentimentos como uma sensação interior de alienação, solidão, desolação e completa impotência. Esses são os tipos de sofrimento que as pessoas vivenciam em A Noite do Espírito como parte da evolução da nossa jornada espiritual

Mas estes sentimentos são também a dor e o horror que constituem o estado de separação de Deus causado pelo pecado. E é precisamente a isso que Paulo está se referindo quando escreve: “Cristo não cometeu pecado, mas Deus o fez pecado por nós, para que nele nos tornemos justiça de Deus” (2 Coríntios 5,21). Escutamos a desesperada súplica de Jesus durante Sua agonia no Jardim de Getsêmani: “*Pai, se te for possível, afasta de mim este cálice*” (Marcos 14,36). Jesus sentiu a extensão da miséria humana e da pobreza espiritual naquele cálice. Beber aquele cálice era provar a desolação que os maiores pecadores e violadores dos direitos humanos já sentiram. Em outras palavras, ser pecador nesse sentido é ser o oposto de Deus, ou sentir-se abandonado ou mesmo rejeitado por Deus. São esses precisos sentimentos que estavam presentes naquele cálice.

Este é o grito da fragilidade humana que alcança o infinito. Porém, a resposta de Jesus à Sua agonia está contida na segunda parte da Sua oração: “*...mas que seja feito não o que Eu quero, mas sim o que Tu queres*”. Este é o grito do amor divino que chega ao infinito. “Sim”, dizia o pranto, “Sim, tomarei para Mim mesmo o sofrimento de cada indivíduo com o sofrimento coletivo de toda a humanidade”.

Como cristianos creemos que por el Bautismo somos incorporados al Cuerpo Místico de Cristo, y nos convertimos en células de Su cuerpo glorificado (1ª Cor. 12:12-27). El mismo espíritu y

disposiciones que hay en Cristo, están presentes en nosotros, inspirándonos con la misma voluntad de abrirnos a los sufrimientos de todos, hasta el grado en que seamos capaces de soportarlos. Más aún, no solamente somos individuos. Somos individuales y sociales en nuestro verdadero ser. No podemos ser individuos sin estar totalmente unidos con los demás, y no podemos estar plenamente unidos a los demás sin ser un miembro particular del Cuerpo Místico de Cristo. El proyecto al cual Dios nos ha invitado en el Evangelio no es sólo la transformación del individuo, sino una participación en y a la transformación de toda la humanidad. El dicho de Jesús, “Lo que hicisteis al más pequeño de mis hermanos, a Mí me lo hicisteis” (Mat. 25:40) implica que Él está presente en todos los demás. Similarmente, este reconocimiento sólo pudo suceder si existe al más profundo nivel de la naturaleza humana una integridad que subyace en cada uno de nosotros como individuos y en algún grado penetra nuestra conciencia.

A medida que maduramos como seres humanos, y en el profundo conocimiento de Dios, estamos siendo transformados más y más en la divina presencia.

\*

Como cristãos acreditamos que através do Batismo somos incorporados ao Corpo Místico de Cristo, e nos convertemos em células do Seu corpo glorificado (1 Cor. 12,12-27). O mesmo espírito e as mesmas disposições que estão em Cristo estão presentes em nós, inspirando-nos com a mesma disponibilidade para nos abrir aos sofrimentos de todos, na medida em que somos capazes de suportá-los. Além disso, não somos apenas indivíduos. Somos individuais e sociais em nosso verdadeiro ser. Não podemos ser indivíduos sem estarmos plenamente unidos aos demais, e não podemos estar plenamente unidos aos demais sem ser um membro particular do Corpo Místico de Cristo. O projeto para o qual Deus nos convidou no Evangelho não é apenas a transformação do indivíduo, mas uma participação em e na transformação de toda a humanidade. A declaração de Jesus: “O que vocês fizeram ao menor dos meus irmãos, foi a Mim que o fizeram” (Mateus 25,40), implica que Ele está presente em todos os demais. Da mesma forma, este reconhecimento só pode acontecer se existe, no nível mais profundo da natureza humana, uma integridade que esteja subjacente a cada um de nós como indivíduos e que, em algum grau, penetre na nossa consciência.

À medida que amadurecemos como seres humanos e no profundo conhecimento de Deus, vamos sendo, cada vez mais e mais, transformados na divina presença.

El segundo momento del descenso de Cristo en la condición humana está en la cruz, donde Él dijo: “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me Has abandonado?” (Mateo 27:46). La palabra que Jesús normalmente usa es Aba, la cual en arameo era una palabra cariñosa e íntima que puede ser traducida aproximadamente como Papi, Papito. Este texto sugiere

que en la cruz el sentido psicológico de identidad de Cristo como Hijo de Dios se había ensombrecido. Y en un sentido tendría que ser. Si Él se convirtió en pecado, habría tenido que sentir el peso completo de la total separación de Dios, quien hasta ese momento había sido todo para Él. En este sentido, Cristo dejó ir Su identidad como Hijo de Dios con el objeto de identificarse con cada ser humano—pasado, presente y por venir—todos los cuales, están necesitados de redención y destinados para la divina transformación.

El tercero y final momento, es la enseñanza de que Jesús descendió a los infiernos después de morir. En el Credo de los Apóstoles se lee: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos”. De algún modo, Dios murió en la muerte de Jesús. El descenso de Jesús a los infiernos es la señal de que Dios se nos unió en cada clase de sufrimiento, aún en el sufrimiento que es la consecuencia natural del pecado personal. Quizás podamos afirmar que no es tanto el pecado personal el que hiere a Dios, sino el dolor que sentimos como consecuencia de nuestros pecados. Cuando aceptamos ese dolor, Dios viene a sanarnos y a unirnos a Él—un lugar en las verdaderas profundidades de nuestro sufrimiento. En su descenso a los infiernos, Jesús ha tomado a todo el mal moral humano en Sí mismo a fin de precipitarlo dentro de los abismos de la infinita misericordia de Dios y de esta manera llevárselo.

O segundo momento da descida de Cristo à condição humana é na cruz, onde Ele disse: “Meu Deus, meu Deus, por que me abandonaste?” (Mateus 27, 46). A palavra que Jesus normalmente usa é Aba, que em aramaico era uma palavra amorosa e íntima que pode ser traduzida aproximadamente como Papai, Paizinho. Este texto sugere que na cruz o sentido psicológico da identidade de Cristo como Filho de Deus foi obscurecido. E em

certo sentido teria mesmo que ser. Se Ele se converteu pecado, Ele teria que sentir todo o peso da separação total de Deus, que até então tinha sido tudo para Ele. Nesse sentido, Cristo deixou ir Sua identidade como Filho de Deus para se identificar com cada ser humano – no passado, presente e ainda por vir – todos os quais necessitamos de redenção e estamos destinados à transformação divina.

O terceiro e último momento é o ensinamento de que Jesus desceu aos infernos após morrer. No Credo Apostólico está escrito: “Padeceu sob o poder de Pôncio Pilatos, foi crucificado, morto e sepultado, desceu aos infernos”. De alguma forma, Deus morreu na morte de Jesus. A descida de Jesus aos infernos é o sinal de que Deus se uniu a nós em todo tipo de sofrimento, mesmo naquele que é a consequência natural do pecado pessoal. Talvez possamos afirmar que não é tanto o pecado pessoal que fere a Deus, mas a dor que sentimos como consequência dos nossos pecados. Quando aceitamos essa dor, Deus vem nos curar e nos unir a Ele – um lugar nas verdadeiras profundezas do nosso sofrimento. Na sua descida aos infernos, Jesus tomou todo o mal moral humano em Si mesmo para precipitá-lo dentro dos abismos da infinita misericórdia de Deus e assim eliminá-lo...